CAPITULO DECIMOCUARTO.

LAS CONDECORACIONES.

I.

El matrimonio del mariscal Bazaine habia llamado justamente la atencion de la corte, y todas las jóvenes se creyeron que pronto los personajes las irian eligiendo para esposas, y entrarian en el gran mundo.

La corte de Maximiliano I contaba con algunos príncipes, condes y barones, todos en espera de alguna muchacha rica, de todo punto necesaria para saldar sus deudas y contraer otras nuevas.

Las familias que figuraban en primer término no se iban de bruces, y si aceptaban la comedia imperial, no se manifestaban muy dispuestas á entrar en estrechas relaciones con los extranjeros.

Regularmente las dignidades de la corte traian gastos capaces de arruinar la mejor fortuna; pero el orgullo humano sacrifica hasta el bienestar privado por un momento de ostentacion y de brillo.

Todos los adictos al imperio ambicionaban una cruz de Guadalupe, ó alguna distincion, aun cuando fuese la medalla de cobre del mérito civil.

Habia algunos padres que hubieran dado una oreja porque sus hijas entrasen al servicio de la emperatriz.

Llovian las recomendaciones, se escribian versos ensalzando á los emperadores, se hacian funciones de obsequio, se fingian encuentros y victorias, todo por alcanzar una condecoracion, una cinta, algo que llevar al ojal de la casaca.

El gobierno por su parte derramaba profusamente las condecoraciones, dando siempre la preferencia á los soldados estranjeros, y cuidando de enviarla á algun soldado raso mexicano, ó á un infeliz de nuestros artesanos. Esta falta de reserva alentaba á muchos para aspirar á la nobleza.

II.

Nuestros lectores no habrán olvidado á los Fajardos ahora que se habla de este negocio.

El diplomático no abandonaba las antesalas, y siempre sacaba billete de audiencia, solo con el objeto de hacer presentes sus respetos al emperador, hasta llegarse á hacer notable por esta monomanía.

La señora de Fajardo se visitaba con algunas damas de honor, y procuraba intrigar para ser nombrada, alegando que habia en la servidumbre personas de una edad muy avanzada.

Las señoras le ofrecian interponer su influencia; pero nunca hablaban á la emperatriz de ello, y permanecia en silencio la existencia de doña Canuta Fajardo.

La elegancia esquisita de la hija del diplomático, y la no menos deslumbrante de la bellísima Clara, estaban en voga en tertulias y paseos.

Se habian hecho dos muchachas de moda, y se las invitaba á todas las diversiones, y en ellas no encontraba rival su lujo y su hermosura.

Esto hizo que el nombre de las jóvenes llegase á la cámara imperial, y se despertase la idea de una adquisicion tan interesante para la corte.

La emperatriz nombró damas de honor á las dos amigas.

El nombramiento apareció en el *Diario del Imperio* cuando menos se esperaba.

III.

Clara se hallaba de visita en la casa de los Fajardos.

El diplomático se paseaba á lo largo del salon, metido en una bata como un mandarin chino, y adornado con un gorro egipcio.

—No es posible, decia, esto es inconcebible, absurdo; cuando la revolucion estaba espirante, cate usted que Arteaga, Régules y Riva Palacio atacan Uruapan con 5.000 hombres! qué horror! Estos demagogos están dejados de la mano de Dios, en eso no hay duda.

Clara y Luz permanecian en silencio.

—Tenemos ya en campaña otro *heroecito*, un tal coronel Eduardo Fernandez, á quien Juarez acaba de darle la banda *verde*.

Luz no pudo reprimir un movimiento de alegría.

—¿Y eso es verdad, papá?

—Cualquiera diria que te alegras; pero ya! no recordaba que ese hombre se permitió.... vamos, agregó entre dientes, si soy lo mas bruto del mundo. Sí, señor, añadió en voz alta, ese miserable ha ordenado el fusilamiento de Lemus y de otros gefes de importancia, es un asesino! un criminal!.... Esa horda de salvajes se ha dirigido á Tarétan, allí se ha entregado al pillaje y al desórden. Ya irán las tropas francesas á darles su merecido. Si esos hombres entraran en la capital, ¡Dios nos asista! no, es necesario esterminarlos; buena guerra nos da la demagogia.

Este general L'Heriller ha de haber aprehendido á Juarez; hombre mas terco no lo he visto, se ha empeñado en que hay república y presidente, y nadie le hará variar de ideas.

—¿Nada se dice de los yankees, señor Fajardo? preguntó Clara.

—Sí: que conservarán estricta neutralidad en la cuestion: que no inquietarán al imperio. Ya lo creo! como que tiemblan delante de los franceses; Napoleon les infunde un terror pánico. Estoy seguro que con una patrulla de zuavos se llega al Capitolio de esa republiqueta.

—No me parece la empresa muy sencilla.

—Si todos son *cívicos*, guardias nacionales y generales de *bola*. Los yankees son unos escandalosos, siempre en clubs, en meetings, que en castellano quiere decir motines. República! democracia! libertad! todas frases pomposas llenas de viento, frases que no quieren decir nada y que solo sirven para alzar á la canalla y volverla insolente.

Un criado entró con el *Diario del Imperio*.

—Dame acá ese periódico, dijo don Modesto, y se puso á leer.

—General! dijo Luz al oido de su amiga, ya Eduardo es general!

—Te felicito de corazon, no tanto por el ascenso, cuanto porque se halla bueno y es valiente.

—Clara, tengo gana de llorar, de reir, estoy loca de contento.

—Tienes razon, hoy mismo escríbele, mandaremos un correo, ya sabemos donde se encuentra, sabrá al menos de tí.

—Yo no conozco á nadie.

—Yo sí: ha venido un hombre de la hacienda, que está por ese rumbo, y sale tal vez esta misma noche; creo que le será fácil llegarse á Uruapan.

—Me parece muy bien, toda la tarde voy á escribir; ademas, tú me vas á ayudar á bordarle la banda.

—Eso corre de mi cuenta, en dos horas es negocio arreglado.

Y dió un apreton de manos á su amiga.

IV.

—Luz!.... Clara!.... Canuta!.... gritó el diplomático; á mí me va á dar algo.

—Dios mio! esclamó Luz, ¿qué te pasa, papá?

—Pronto, pronto, llama á tu madre; que venga, la necesito.

—¿Se ha enfermado usted, señor? preguntó Clara.

—No, no es eso, á usted tambien la necesito. Canuta! Canuta!

La señora de Fajardo entró corriendo con un frasquito de sales y un vaso de agua.

—Ya estás atacado de la apoplegía, me lo estaba yo temiendo, este exceso en la comida te ha de matar.

—Qué comida, ni qué niño muerto! Te llamo para un negocio de mucha importancia. SS. MM. se han acordado de nosotros.

—Que se han acordado SS. MM? Ya debian haberlo hecho desde antes, no que estamos á fines de 65 y ...

—Calla, mujer! tú no sabes lo que te dices; ya la tenemos allí, es decir, ya las tenemos.

—Las qué?

—Buena pregunta. Lo debe saber la corte, la capital, el mundo entero, porque los periódicos recorren la Europa, y lo sabrá Napoleon III y el Gran Sultan!

—¡Habla, por Dios!

—Vamos, abraza á tu hija y á su querida Clara, á nuestra querida amiga.

—Bien, las abrazo; pero y qué?

—No conoces nada?

—Hombre, nada.

—Nada te avisa tu corazon?

—Ah! ... sí!

—Qué?

—Nada!

—Pues has abrazado á dos damas de honor de S. M. la emperatriz!

Clara levantó orgullosa la frente, Luz la inclinó con tristeza.

Doña Canuta perdió la respiracion por un instante, y abrió la boca como un tiburon dando caza.

—¿Y no está mi nombre? preguntó vuelta de su estupor.

—No; eso seria abusar del derecho de entrar en la servidumbre de Palacio. Dama! dama de honor! ¿quién nos diria cuando nos casamos el año de veintiocho que nuestra última hija?.... vamos, hace uno las cosas sin pensar....

—Por supuesto que yo seré quien te entregue, me toca de derecho; en el ceremonial te acompañaré por todas partes.

—No, Canuta, mira el santoral de la corte: "dos caballos, dos damas, coche con dos asientos;" ¿en qué lugar quieres colocarte?

—Pero al menos seré invitada.

—Ya viste el año pasado el chasco que he pasado; fuí á la Villa de Guadalupe y me dieron tarjeta de los convidados *que no comen.*

—Las cortes tienen sus usos que debemos respetar; en fin, la madre de una dama, ya es mucho.

—Lo creo, pero tú ves que hay muchas madres que no hacen aprecio de nada y aun les parece mal.

—Tienen razon, dijo Luz, yo no sé ni quiero servir á nadie.

—Pero muchacha, tú crees que una dama es una recamarera? Vamos, vamos, estás en un error; una dama es simplemente una amiga íntima de S. M.; ademas, estando con Clara tú te hallas contenta en todas partes.

—Tú acabarás por perder á tu padre; una renuncia le costaria un destierro, una persecucion, quizá la vida!

—Siempre lo mismo!

—Siempre!.... tú me asesinas! Yo he depositado en tí mis esperanzas y.... vamos.... ya me parece que por todas partes dirán "aquel es el padre de la dama." Entonces sí que me harán mas caravanas que á un arzobispo.

—Anda, lloriquea, tontuela, dijo doña Canuta á su hija, no parece sino que te hacen una ofensa horrible. Líbrete Dios de decir una sola palabra delante de gentes, porque nos costaria muy caro.

Don Modesto habia vuelto á tomar el Diario para rectificar. Al diplomático le estaba reservado ese dia caminar como *D. Simplicio,* de sorpresa en sorpresa.

—¡Canuta! volvió á esclamar mas demudado que al ver el nombre de su hija.

—¿Qué?

—Otra noticia mas importante, estamos de suerte!

—Soy dama, gritó doña Canuta, no hay duda, ya lo decia, no pueden haberse olvidado de mí, yo soy persona muy notable, notabilísima; la noche de la tertulia he adquirido un triunfo. Modesto, el pájaro que me regalaste, es quien me trae en el pico el....

—¡Calla! no sabes lo que se pesca!.... S. M. me nombra caballero de la órden de Guadalupe!

—¿Y á mí?

—Caballera! puesto que eres mi esposa, esto se infiere rectamente.

—Qué injustos son los reyes, solo á mí me dejan en el tintero. Yo quiero ser, cuando menos, *caballeriza.*

—Reflexiona que la honra te viene por dos partes, por tu marido y tu hija.

—Pero yo no quiero ser honrada, sino honrar.

—Con el tiempo y nuestra intimidad con los soberanos, te darán la cruz de San Cárlos.

—Así lo espero, si el imperio no trata de estraviarse.

—Oye la campanilla, ya nos vienen á felicitar.

V.

Efectivamente, doña Efigenia, aquella beldad obesa, y su esposo, entraron en la sala.

—Vengo sofocada, amiga mia, apenas leimos el Diario le dije á *éste:* séamos los primeros en felicitar á la familia Fajardo.

—Gracias, dijo doña Canuta, haciendo una reverencia.

El esposo de aquella tonina, se dirigió ceremoniosamente al diplomático, y le dijo con énfasis....

—Cuando S. M. se ha fijado en la persona de usted para condecorarle, es porque halla prendas incorpóreas, como el talento diplomático, que lo hacen mas que digno de llevar al pecho la cruz de la órden de María Santísima de Guadalupe.

—S. M. me honra; sé que las sociedades me han propuesto porque yo no acostumbro pedir nunca, y menos condecoraciones.

—Las personas como usted no lo necesitan.

—Mi hija Luz es dama de honor de S. M. la emperatriz.

—¡Tambien ella! Vea usted que no habia reparado, ¿con que es dama?

—Sí, por decreto de ayer, fechado en el alcázar del archiduque.

—Dónde, dónde está mi tierna y nunca olvidada amiga? dónde está para comérmela á besos?

Clara y Luz habian desaparecido desde la llegada del matrimonio Cantoya.

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO.

INTRIGAS PALACIEGAS.

I.

A los pocos dias las dos jóvenes estaban de guardia en el aposento de la emperatriz.

—Qué haremos, decia Clara, con nuestros prisioneros?

—Yo tiemblo, á cada paso me parece que los descubren, y estos franceses no entienden de nada, los fusilan en el acto.

—Ni lo digas, amiga mia.

—Ya se prolonga esta situacion y ambos están desesperados, saben el riesgo que corren, y están temblando.

—Son un par de calaveras atroces.

—Y ya indagaste la aventura de Enrique?

—Ya me contó el lance; figúrate que estaba de temperamento en Cuernavaca, y como los hombres la han de emprender en todas partes, nuestro amigo se enamoró de una muchacha, que entre paréntesis, asegura que es bellísima. Comenzó á rondar la calle sin éxito alguno, y á fuer de buen enamorado se daba el lujo de ir á pararse á las rejas de su adorada, acechando una oportunidad para declararse.